

una cadena de bancos de arena, llamado Puente de Adan, interrumpido apenas por dos angostos pasos. Cuando no se sabía dar más que una vez al año la vuelta a la isla, aprovechando el viento constante del Nordeste y del Mediodía, eran aquellos pasos de grandísima importancia, por ser los únicos que conducían a la isla, por lo cual todo el comercio de las costas del Malabar y de Coromandel se dirigió allí, y allí también se formaron almacenes y estaciones para el tráfico más apartado. El interior del país está erizado de montañas; pero las costas, y en particular las del Norte, van inclinándose hasta que forman playas; estas costas, a pesar de su aridez, estuvieron muy habitadas en otro tiempo, según lo atestiguan las ruinas de que están cubiertas, anteriores a todo recuerdo humano; pero entonces había grandes lagos artificiales que distribuían sus aguas en los campos que producían el arroz, los cuales quedaron estériles desde la destrucción de aquellos lagos. La raza nativa de los cingales se ha retirado al interior, y ahora ocupa las costas una mezcla reunida de gentes de todos los países.

Los antiguos no ignoraban la importancia de esta isla, que Marco Polo llama la más hermosa del mundo, rica en arroz, pedrerías y maderas preciosas. Los archemitas, perseguidos por los omniadas, en tiempos del califa Abd-el-Malek, vinieron a Ceilan desde el Eufrates, y allí formaron ocho establecimientos, entre los cuales fueron los principales Mantotte y Manaar, por su posición más favorable enfrente de la India, para el paso del puente de Adan y para la pesca de las perlas. Allí se concentró todo el comercio que se hacía por una parte del Egipto, la Arabia, la Persia y el Malabar, y por otra con el Coromandel, Bengala, Malaca, Java, Sumatra, las Molucas y la China. Los comerciantes chinos, después de haber cargado en canoas capaces de mil personas, áloes, clavo, nuez moscada y palo de sándalo, proveían con gran lucro los pueblos vecinos de los golfos Árabe y Pérsico, juntamente con la seda, porcelanas, alumbre de roca, ruibarbo, almizcle, y las obras de ebanistería de su país. Al mismo tiempo los de Mantotte y Manaar sacaban productos de los diversos puertos de la isla, arroz de Trincamale, madera de palmera negra, conchillas de lujo, indigo de Yafna, perlas de Cudramalla, ébano, nueces de arek y betel de Paltam, canela y piedras finas de Colombo, aceite de coco de Barbarin, marfil y elefantes de punta Gales; y enriquecidos con este comercio conservaban las vastas obras hidráulicas que fecundaban el país (7).

Se concibe que Almeida concediese gran valor a la amistad del rey de aquella isla, y tratase de conciliarla. No supo no obstante contenerse en los justos límites; y tratando a los jefes con arro-

(7) HEEREN, *De la política y del comercio de los pueblos antiguos*.

gancia, precisó a los naturales a vender sus géneros a un precio que él mismo determinaba. Cerró los ojos sobre las violencias y concusiones de sus agentes; después, cuando extendió sus descubrimientos y consolidó sus conquistas, declaró buena presa a todo barco que navegare por aquellos mares sin cartas patentes del virey. Semejante tiranía indignó al zamorino de Calcuta, y los egipcios que se unieron, provistos de artillería por los venecianos, envidiosos de los portugueses, sorprendieron a Lorenzo. A pesar de la enorme desproporción de fuerzas, prefirió a la fuga la muerte de los héroes; pero la superioridad de la marina portuguesa les valió la victoria y un rico botín. Habiendo sido entonces enviado Alfonso de Albuquerque para reemplazarle, rehusó algún tiempo el cederle el mando y hasta le aprisionó. Concluyó por resignarse, pero habiendo arribado a su vuelta a la costa de Africa (1509), donde llegó a las manos con los hotentotes en la bahía de Saldhana, fué muerto en ella con setenta y cinco portugueses.

Toma de Calcuta.—Las funciones de Lorenzo Almeida, pero no su título, habían sido conferidas a Albuquerque, que se hizo célebre por una ambición, con la que no se puede comparar más que su actividad y prudencia. Tuvo que combatir además del enemigo, la desconfianza de sus nacionales. Confióse por el gobierno una expedición contra Calcuta, enemiga tenaz de los extranjeros, a Fernando Cotinho: aunque incomodado Albuquerque por aquella preferencia, quiso servir voluntario a sus órdenes, con objeto de remediar los errores que preveía. Tomóse a Calcuta, pero volviendo los enemigos a la carga, destrozando a los portugueses, dieron muerte a Cotinho e hirieron gravemente a Albuquerque. Curó sin embargo, y aprovechándose de aquel desastre, se apoderó de la dirección de los negocios, sin dejar de disimular las órdenes contrarias de la metrópoli. Atacó entonces a Goa, de la que se hizo dueño; pero pronto fué sitiado allí por el rey Idalkar a la cabeza de sesenta mil combatientes; vióse obligado a evacuar la plaza para refugiarse en sus barcos; después le forzaron a alejarse las traiciones y la falta de víveres. Volvió no obstante a presentarse cuando recibió refuerzo, y habiendo tomado la ciudad a viva fuerza (25 de agosto de 1510), dió muerte a todos los moros que encontró.

Pensando entonces que no era posible conservar el imperio de los mares, sino teniendo fortalezas en tierra, estableció su residencia en Goa, ciudad construida en anfiteatro, en una isla separada del continente por los mamelucos, entre los dos brazos de un río, y una posición tan favorable, que sólo tal vez debieron los portugueses a ella el sostenerse en Asia. Recibió allí a los embajadores de los reyes vecinos, y favoreció la mezcla de las razas por los matrimonios, con el objeto de que resultase una población que tuviese intereses comunes con los europeos.

El comercio con todos los países del Asia y de

la Europa se concentraba en Malaca, situada a igual distancia entre las dos estremidades oriental y occidental de las Indias, y dominando además el estrecho por el que se comunican; lo cual la hacía la reunión de los japoneses, de los chinos y de los mercaderes del continente, de las Molucas, del archipiélago de Asia, que llegaban allí de Levante, y de los del Malabar, de Ceilan, de Coromandel, que iban de Poniente. Albuquerque dirigió entonces sus fuerzas contra aquella plaza, para vengar el asesinato de algunos de los suyos. Desembarcó al frente de ochocientos portugueses y doscientos malabares, se apoderó de ella a viva fuerza (mayo de 1511), haciendo una horrible carnicería, y el quinto del botín reservado al rey fué comprado en doscientos mil pesos de oro (8). Esta hazaña hizo a los portugueses temibles en toda la India, y el terror que inspiraban facilitó nuevas conquistas. Albuquerque envió a reconocer las Molucas y a formar allí establecimientos, recibió el homenaje de varios príncipes; y el nuevo zamorin de Calcuta, renunciando en su favor a la mitad de sus rentas, concertó una alianza con el rey Manuel.

Ormuz, a la embocadura del golfo Pérsico, era el depósito del comercio de la India exterior, así como Malaca lo era de la India interior. Albuquerque había intentado apoderarse de él a su llegada al Asia; pero habiendo fracasado la empresa, juró reparar aquel descalabro; y para recordárselo dejó crecer su barba, que se prolongó hasta el punto de verse precisado a atársela en la cintura. Al menor pretexto que se le ofreció, se adelantó hacia aquella ciudad con veinte y siete barcos, que tenían a su bordo mil quinientos portugueses y la mitad más de maleses; y como el rey había sido destronado por un usurpador, Albuquerque lo tomó bajo su protección y lo restableció en el trono. Recibió en recompensa las mejores casas, las fortalezas y la artillería, y el comercio se encontró de esta manera trasladado de los pequeños príncipes que dominaban bajo la supremacía de la Persia a las manos de los portugueses; construyéndose pronto en aquella isla desprovista de agua una ciudad de las más poderosas.

Comprendió Albuquerque que no bastaba tener grandes factorías en Africa y en Malabar, sino que era necesario a toda costa ser dueño del mar Rojo y del golfo Pérsico, mandar en la embocadura de los grandes ríos y cerrar las antiguas vías de comunicación para hacer prosperar las nuevas. Este fué, pues, el objeto de sus esfuerzos; pero en-

contró que se oponían a él los venecianos y los mamelucos de Egipto, cuya principal renta consistía en los derechos de entrada y salida de las mercancías de la India dirigidas al puerto de Alejandria. Hasta amenazó el soldan asesinar a todos los cristianos que había en Egipto y en Siria, si los portugueses no abandonaban sus nuevas adquisiciones; y se armó para rechazarlos, y Venecia le proporcionó barcos, que fueron llevados a cuestras por camellos desde el Cairo a Suez.

Dióse a la vela la flota egipcia en 1508; pero después de varios esfuerzos inútiles fué vencida. Albuquerque no se propuso nada menos entonces que destruir el Egipto, dando otra dirección al Nilo, de acuerdo con el Negus de Abisinia; después enviar trescientos caballeros a esterminar a los árabes, saquear la Meca y volverla a su nulidad primitiva, haciendo cesar las peregrinaciones que es lo único que la hace vivir. Cuando Selin I avalló a los mamelucos, se unió más estrechamente a los venecianos, con intención de anonadar el comercio portugués; y les concedió muchos privilegios, dejando libre de derechos a todas las mercancías que llegaban directamente de Alejandria a sus Estados, al mismo tiempo que gravaba con impuestos las procedentes de Lisboa. Se trató hasta de cortar el istmo de Suez, único medio de salvación para Venecia; pero pronto la liga de Cambray forzó a aquella república a pensar en su propia defensa, y en 1521 propuso al rey de Portugal comprarle a un precio determinado todas las especias que llegaran a Lisboa, separando antes las que fueran necesarias para el consumo interior. No fué escuchada su solicitud.

De esta manera los portugueses, que no tenían cuarenta mil hombres sobre las armas, hacían temblar al imperio de Marruecos, a los berberiscos de Africa, a los mamelucos, a los árabes y a todo el Oriente desde Ormuz hasta la China.

Se habían aguerrido en sus luchas con los musulmanes en el territorio de su patria; el espíritu de libertad era alimentado por las cortes; y la rivalidad con los españoles, el celo religioso y la sed de oro los convertían en héroes.

En medio de sus triunfos supo Albuquerque que sus enemigos le habían vencido en la corte de Lisboa, y que aquellos a quienes había enviado a Europa como criminales volvían para suplantarle. Esta noticia aceleró su fin (diciembre de 1515) (9), que fué deplorado por sus soldados y por los vencidos; y hasta él mismo se arrepintió de los esce-

(8) Los historiadores añaden que encontró allí tres mil cañones, y que habiendo caído en su poder, uno de los moros autores del asesinato de los portugueses, le hizo servir de blanco a mil tiros, sin que fuera posible que derramara una gota de sangre; pero en fin, por indicación de los indios le quitó una pulsera encantada, y al momento corrió su sangre y con ella la vida.

(9) En las *Memorias de Literatura*, publicadas poco há por la Academia de Ciencias de Lisboa, se halla inserta una carta descubierta últimamente, del 11 de marzo de 1516, en la cual el rey Manuel asegura a Albuquerque no haberle llamado sino para proporcionarle descanso; pero que atendidos sus méritos y las necesidades del país, había dispuesto conservarle todos los poderes, honores, etcétera, etc. Albuquerque no recibió esta carta.

sos, á los cuales se habia dejado arrastrar algunas veces en un transporte de cólera. Cuando los portugueses pidieron algunos años después las cenizas del gran Alburquerque, los ciudadanos de Goa se negaron á deshacerse de ellas, porque su veneracion hacia él se habia aumentado cuando pudieron compararle con sus sucesores, y fué precisa una orden absoluta del pontífice para decidirlos á obedecer. Pudo apellidarse el Afortunado, con más razon que el Grande; porque tuvo que combatir naciones muy inferiores á la suya, y nunca tuvo en cuenta ni las leyes ni la buena fe: siendo héroe para los que piensan que todo debe sacrificarse al interés de su bandera.

Durante este tiempo los portugueses habian extendido sus descubrimientos. Tristan de Acuña encontró hacia el Sur las islas que llevan su nombre (1506); Alvaro Tellez arribó á Sumatra, y comenzó la exploracion del archipiélago indio. Manuel de Meneses fué arrebatado por la tempestad hasta Madagascar. Suarez descubrió las Maldivias, cuyo soberano se titulaba rey de trece provincias y doce mil islas. No se pudieron formar nunca en estas últimas establecimientos duraderos, ni tampoco en Sumatra, donde los pequeños príncipes guerreros, con los cuales tuvo que habérselas Segueira, nunca permitieron á los extranjeros fijarse allí. Los portugueses arribaron en 1513 á Borneo, que ya Magallanes habia señalado; pero sólo en 1530 formaron allí establecimientos importantes para procurarse el alcanfor.

Molucas.—Después de haber sido mucho tiempo buscadas, se encontraron las Molucas ó islas de las Especies que fueron descubiertas en 1511 por Francisco Serrano y Diego de Abreu, que enviados por Alburquerque continuaron allí por espacio de ocho años sus exploraciones, y fueron acogidos con hospitalidad. Jorge Brito fué encargado de tomar posesion de ellas (1521); pero habiendo desembarcado en Sumatra, cuyas inmensas riquezas ensalzaba, fué muerto allí. Acogióse muy bien á Antonio Brito que le sucedió en aquellas islas, solicitando todos el honor de hospedar á los portugueses. Este funesto honor recayó en Ternate, donde las persecuciones religiosas y las rapiñas ejercidas por los portugueses, sobrepusieron hasta las de los españoles en América. Los sucesores de Alburquerque dieron más estension á las conquistas de las Molucas, como tambien á los establecimientos de Ceilan, en la costa de Coromandel, y en las islas de la Sonda. El virey Nuño Acuña conquistó á Diu, para sentar el pié en el reino de Cambaya (1535); y los dos sitios que sostuvo allí contra el ejército de Mahmud, sultan de Cambaya, secundado por la flota del bajá de Egipto, deben contarse entre los más gloriosos hechos de armas (1538-1546).

Pronto tuvieron acceso los portugueses á todos los países donde se hacia el comercio, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Canton, ejerciendo así su dominacion en más de cuatro mil leguas,

por medio de una cadena de factorias y fortalezas. Sin rivales, eran recibidos con placer y podian dictar leyes, fijar los precios, y llevar á Europa variedades de producciones desconocidas hasta entonces. Las principales dependencias de Goa, centro de sus posesiones, eran Mozambique, Sofala, Melinda, en las costas de Africa; Mascati y Ormuz, en el golfo Pérsico; toda la costa del Malabar, donde estaban situadas Diu y Damaun; en fin, en la de Coromandel, Negapatuan, y Malaca en la isla de este nombre.

No habia compañía privilegiada; pero era preciso, para emprender el comercio en aquellas comarcas, una autorizacion del gobierno, que se reservaba algunos ramos de él, como tambien la direccion y el mando de la marina. Los portugueses llegaron á tal grado de grandeza, que los orientales se persuadieron que el Portugal era la primera potencia de Europa. Satisfechos con las inmensas ventajas que habian adquirido, renunciaron á los descubrimientos de curiosidad; y pensando sólo en enriquecerse, no se manifestaron ya más que especuladores aventureros. Los gobernadores que sucedieron á Alburquerque no tuvieron las grandes miras de éste: después el entusiasmo que habia señalado á las primeras expediciones, cedió el puesto á pasiones bajas y á un miserable espíritu mercantil.

Comprendiendo Suarez, que reemplazó á Alfonso de Alburquerque, cuán importante le seria añadir relaciones con la China, mandó á ella ocho barcos que arribaron á Canton, fueron acogidos allí con la desconfianza particular á este pueblo: sin embargo, el capitán Andrade supo desde luego conciliarse su confianza por su lealtad, y anunciando desde luego su partida, á fin de que los que tuvieran que hacer reclamaciones pudiesen presentarlas. Perez llegó á Pekin con el carácter de embajador, y las negociaciones estaban en el mejor estado, cuando no pudiendo los portugueses que habian permanecido en el barco contener la rapacidad á que se habian acostumbrado, se entregaron á violencias brutales. Al momento el gobernador chino reunió á varios barcos, y rodeó á los portugueses, que no consiguieron huir sino á favor de una tempestad. Tan pronto como la noticia llegó á Pekin, Perez fué cargado de cadenas, y se le abandonó á que concluyese sus dias en un calabozo. De esta manera se vieron los portugueses escludidos de la China; pero algunos años después obtuvieron el permiso de mandar algunos barcos á la isla de Sancham para presentar allí mercancías. Cuando se encontraban en esta isla, los mandarines reclamaron su asistencia contra Tchang-Si-Lao, famoso pirata, que se habia apoderado de Macao y sitiado á Canton, y en recompensa de los eficaces socorros que sus súbditos habian recibido, el hijo del cielo dió Macao á los portugueses. Esta ciudad se fortificó á la europea; y aun que los chinos la tuviesen siempre algo dominada con no permitir que tuviese viveres para más de

un día, los portugueses pudieron traficar desde ella con el Japon, lo cual la hizo una de las plazas más ricas y más importantes: así era que la facultad de residir allí se concedia como un privilegio.

Japon.—En el momento que un barco portugués echaba el ancla en la costa de Siam (1542), tres marineros, Antonio de Mota, Francisco Zeimoro y Antonio Pexoto, desertaron de á bordo, y embarcándose en un junco chino, fueron los primeros que llegaron al Japon. Pero pronto se unió á ellos Fernando Mendez Pinto, uno de los aventureros más célebres, y que el mismo escribió sus viajes. Nacido de padres nobles en Monte-mor-Ovelho, huyó al mar por un delito en su juventud; cogido por un pirata francés, fué echado á tierra, sin otra cosa que los azotes que acababa de recibir. Habiendo entrado de criado, ocupacion que no le agradaba, pensó hacer el viaje á las Indias, medio el más corto de desembarazarse de sus harapos. Sirvió en los barcos que peleaban contra los moros en el mar Rojo; pero fué hecho prisionero, y conducido á Moka, donde permaneció en un riguroso cautiverio y espuesto varias veces en el mercado; en fin, fué comprado por un griego renegado y vuelto á vender á un judío, que lo llevó á Ormuz, donde fué rescatado por el gobernador portugués. Embarcóse entonces en los buques que Pedro Vaz-Cotinho llevaba á la India: llegado después de diferentes aventuras á Goa, entró al servicio de Pedro de Faria, que se dirigia á Malaca, en calidad de gobernador. En el número de los embajadores de los jefes vecinos, se encontraba el del belicoso Batas, que á su partida, tomó consigo á Mendez Pinto como agente portugués, para examinar la naturaleza del país y de los habitantes. Describió los objetos nuevos que le admiraron con la acostumbrada exageracion en los viajeros; la acogida llena de benevolencia que recibió del rey de los batas, fué como una lluvia abundante sobre el arroz en la estacion de los calores. Fué pródigo en promesas en aquel país, donde no cesaba de informarse de la isla del Oro; lo mismo hizo en Aarú, pero naufragó á su vuelta, y le fué preciso arrastrarse por el fango, lleno de mordeduras de millares de insectos, presa del temor de las serpientes y de las fieras. En fin, fué recogido con el único compañero que le quedaba, por un pequeño barco; suponiendo los que le tripulaban que habian tragado piedras preciosas, les administraron un vomitivo tan fuerte, que su compañero sucumbió. Con trabajo escapó Pinto á la muerte, y fué vendido á un mahometano en veinte y tres libras, después rescatado en Malaca por algunos amigos.

Dedicóse entonces al comercio, en el cual adquirió de repente, por vicisitudes no menos estrafias, enormes riquezas que tambien perdió de repente; y no encontró otro recurso para sustraerse á sus acreedores, que hacerse pirata en compañía de chinos y de Antonio de Faria, reducido tambien á adoptar este partido por especulaciones que habia abortado. La vida del corsario espor su na-

turalidad bastante fértil en aventuras: después de haberse enriquecido, se establecieron en la isla de los Ladrones, y se encontraron en una estremada miseria. Faria prometió á su compañero que la Providencia les enviaria socorro, y creyó fuera este un junco chino que acababa de arribar. Habiéndose apoderado de él por sorpresa, le desataron y dejaron á los propietarios en la costa. Vueltos así á su primer oficio, se unieron á un pirata chino, y fueron acogidos con gran honor en Liampo (*Ning-po*) por los mercaderes portugueses. Allí, el terrible Faria tuvo conocimiento de una isla Calem-buy, donde estaban los sepulcros de diez y siete reyes chinos, todos de oro macizo. Puede creerse que no tardaron en ponerse á buscar tan hermosa presa; pero la isla no se mostraba: en fin, llegaron á ella, y encontraron tanto ermitas como sepulcros, que saquearon, conviniendo en que hacian mal, y hasta en su culpa, pero reservándose el hacer penitencia más tarde. Este botín, mal adquirido, tuvo mal fin, porque la tempestad lo sepultó con Faria, y sólo catorce portugueses pudieron salvarse (5 de Agosto de 1540).

Recibieron los chinos á los náufragos como lo merecian: presentados delante de un juez en Nankin, fueron condenados á que se les cortasen los pulgares, y á sufrir que se les diera de palos. Sólo esta última pena se les aplicó, pero con tal furor, que dos de ellos sucumbieron. Fueron llevados entonces á Pekin, comunmente por canales, y encontraron en aquella ciudad á cristianos, hijos de algunos de los que un siglo antes, habian sido convertidos por el húngaro Matias Escandel. Pinto vió bien; y supo describir con vivacidad aquel pueblo, cuya exacta justicia alaba, aunque llegó á él encadenado, y que su bienvenida consistió en palos, con un año de trabajos forzados en Quinsay. Pero habiéndose apoderado el rey de los tártaros de aquella ciudad ocho meses después, Pinto se encontró esclavo de los nuevos conquistadores. Obtuvo de ellos, ayudándoles á ganar una plaza, el que los portugueses serian bien tratados. Los aventureros acompañaron á los vencedores á su vuelta á Tartaria: después escapándose llegaron al mar. Se embarcaron, después riñeron entre sí, por lo cual el capitán los abandonó en una isla desierta, donde un corsario los recogió: comenzaron de nuevo la vida de piratas. De este modo llegaron á Tanixuma, isla japonesa; un fusil que regalaron al gobernador de aquella isla, fué imitado al momento y proporcionó armas contra los extranjeros. Habiendo ido desde allí á Liampo, contaron las nuevas tierras que habian descubierto, y su relacion escitó el entusiasmo de la avaricia. Multitud de personas marcharon á ellas; pero la poca esperiencia que tenian de aquellos sitios, hizo perecer á gran cantidad de hombres y mercancías. Pinto fué lanzado contra las rocas cerca del gran Lequio, donde sólo veinte y cuatro personas se salvaron á nado. Como se les tomase por espías, fueron condenados á ser descuartizados; pero el dolor

de las mujeres portuguesas fué tal, que las de la isla se afectaron y obtuvieron la libertad de los portugueses. Volvieron entonces á Liampo y Malaca. Pinto fué empleado en viajes y en intrigas que le hicieron correr muchos peligros, y le produjeron poco dinero. Visitó varias comarcas de la India y de la China, de las que da una descripción en la que es fácil reconocer un fondo de verdad. En fin, arrojado por las circunstancias y por su inclinación en medio de mil vicisitudes y en todas las revoluciones, concluyó por hacerse jesuita en Malaca, donde exhortó á sus hermanos á convertir á los reinos de Siam y de Pegú, cuya descripción les hacia.

Volvió como misionera á la China y al Japon; luego, de vuelta á Europa (1556), en lugar de encontrar indemnizaciones después de tantas fatigas, fué tratado de embustero y de visionario. Los descubrimientos posteriores fueron, no obstante, en descargo suyo. Amigo de lo maravilloso, cuyas huellas encuentra sin cesar en países nuevos, se deja arrastrar por su imaginación; pero sus relaciones se acercan siempre á la verdad, y es preciso una alma muy poética para comprender tan extrañas aventuras, habiendo sido reducido á la esclavitud diez y siete veces en aquellas islas de Oriente, que él llamaba, á la manera de los chinos, los párpados del mundo. ¡Con qué verdad nos describe aquellos malayos animados únicamente por un ardiente amor, y sin soñar más que en danzas ó venganzas! Dos jóvenes amantes se rodean de flores, de perfumes, y se abandonan á las olas del mar, pronunciando tales palabras que Pinto no pudo inventarlas, sin ser el mayor poeta de su tiempo. Si concede á los chinos y á los indios reflexiones finas y mordaces con respecto á los europeos, siempre está uno dispuesto á perdonárselas, tan verdaderas y á propósito son á veces. La sencillez del relato y la vivacidad del estilo hicieron de su viaje un libro clásico. Y suponiendo que todos estos acontecimientos no le hayan pasado realmente, representan al menos con exactitud la vida de los aventureros de aquella época: por esto es por lo que no hemos creído inútil dar aquí un bosquejo de ella.

Admirado el historiador Juan de Barros de la multitud de islas que encontró diseminadas al Sudeste del Asia, la consideraba ya como la quinta parte del mundo, así como han sido clasificadas en nuestros días con el nombre de Oceanía. Couto, su continuador, dividía en cinco grupos las islas situadas más allá de Java y de Borneo, á saber: las Molucas con Ternate, Motir, Tirador, Makian, Baciam y las más pequeñas que dependen de ellas; en el segundo archipiélago, Gilolo, Mortay, las Celebes, habitadas por salvajes; en el tercero, la grande isla de Mindanao, y las de Saloo y varias de las Filipinas meridionales, principalmente Mascate; en el cuarto, las islas de Bando, Amboina y las islas vecinas; el quinto archipiélago era poco frecuentado por los portugueses y habitado por sal-

vajes que tenían horror á los extranjeros; eran negros como cafres, y parecen indicar la Nueva Guinea. Si los portugueses no se adelantaron más hacia el Sur, es cierto que sospecharon la existencia de una gran tierra meridional; y parece que tocaron en ella desde el principio de aquel siglo, la que después fué llamada Nueva Holanda (10).

Oposición de los venecianos.—El antiguo comercio está únicamente fundado en el privilegio y en el monopolio; así es que la idea nueva de la libre concurrencia no pudo ser comprendida por los venecianos ni por los anseáticos; resultó de ello que se obstinaron en hacer valer los derechos antiguos, cuando debieran haberse aprovechado de las ventajas nuevas. Los venecianos hubieran asegurado mejor sus intereses si en el momento que se apercebieron del perjuicio que les causaba el cambio dado á la dirección del comercio, en lugar de impulsar á los mahometanos á prohibir el paso por el Cabo, se hubieran entendido con los mamelucos para cortar el istmo de Suez, ó más bien para multiplicar los canales del Egipto por modo de facilitar la comunicación del Mediterráneo con el mar Rojo, lo que hubiera producido una nueva prosperidad tanto en Egipto como en Italia.

Comercio de los portugueses.—Esto no se hizo; y como ya no hubo en adelante comunicación entre Europa y la India más que por mediación de los portugueses, Lisboa se convirtió en el mercado general. Los portugueses hicieron de Amberes su depósito, de lo que resultó que los negociantes trasladaron allí los almacenes que tenían en Bruselas, formando seis corporaciones de alemanes, daneses y osterlingios, es decir, de los que habitaban en las orillas del Báltico, de italianos, españoles, ingleses y portugueses. Las mercancías llevadas allí en el verano, se estendían en el invierno por España é Italia, donde se las cambiaba por especias. Pero cuando Amberes fué sitiada y tomada en 1585 por los españoles, que la entregaron al saqueo y degüello, las manufacturas se dispersaron; la pesca se concentró en Holanda; los fabricantes de telas de lanas se retiraron á Leida, los tejedores á Harlem y á Amsterdam, una parte de los fabricantes de seda á Inglaterra; y aquella ciudad no se repuso hasta en tiempo de Napoleón (11). El comercio se hacia generalmente en el

(10) BARRROS, III, 254; COUTO, pág. 190.

(11) Juan de Barros describe los tres modos de comerciar los portugueses en la India: «El primero tiene lugar cuando en el territorio ó dominio habido por conquista, contratamos con los pueblos de señor á vasallo. El segundo consiste en celebrar contratos perpétuos con los reyes y con los señores del país, á fin de que por el precio convenido den sus mercancías y reciban las nuestras, como sucede con los reyes de Gananor, Challe, Chochin, Calam y de Ceilan, que poseen las mejores de todas las especias que se recogen en la India. Este modo no tiene más aplicación que en las especias, que ellos mismos entregan á los oficiales régios, residentes en las factorías, para que su-

golfo Arábigo y en las Indias, entre las manos de los reyes indígenas; constituía, pues, una parte muy importante de la política, y de aquí procede que produjo tenaces guerras. Después de haber alejado á los venecianos y domeñado á los mamelucos, los turcos, conquistadores del Egipto, trataron de

ministrar cargamento á las naves que llegan de Portugal; los demás artículos extraños al comercio de Oriente quedan libres, pudiendo todo portugués, ó natural del país, comerciar en ellos, estableciendo el precio que quieran los contratantes. El tercer modo consiste en mandar nuestras naves á aquellas regiones, y arreglándose á los usos del país, contratar con los indígenas cambios, aceptando su precio ó fijando el nuestro.»

Antonio de Oliveira Marra (*João de Barros, Luis Mendez de Vasconcellos é o Commercio da India*; artículo publicado en el *Panorama de Lisboa*, año 1.º de la segunda série, pág. 370), que cita este mismo pasaje, añade: es evidente que entre estos tres modos, el primero y el tercero se pueden considerar únicamente como resultado de un comercio libre... no pudiendo llamarse el segundo más que monopolio, porque en vez de aceptar el precio del mercado se sujetaba á una tasa y ley anteriores. Como este último tráfico consistía en especias, base principal de nuestro comercio en las colonias, podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que era esencialmente despótico. ¿Cuáles eran, pues, los objetos del cambio? El clavo de las Molucas, la nuez moscada y el macis de Banda, la pimienta y el jengibre del Malabar, la canela de Ceilan, el ámbar de las Maldivas, el sándalo de Timur, el benjuí de Aquem, las maderas de Tec, los cueros de Cochin, el indigo de Cambaya, las maderas de Solor, los caballos de Arabia, los tapices de Persia, las sederías, damasco, porcelana y el almizcle de la China, las telas de Bengala, las perlas de Calecar, los diamantes de Narsinga, los rubies del Pegú, el oro de Sumatra y de Lec, y finalmente la plata del Japon. ¿Quiénes eran los comerciantes? Los habitantes de la Europa, los reyes, príncipes, potentados, vasallos, banqueros, fabricantes y personas del comercio por mayor, la aristocracia en masa de aquellos tiempos, sin omitir las dignidades eclesiásticas... todos buscaban con avidez las producciones asiáticas; era una manía general de la que la miseria y las costumbres toscas apenas exceptuaban al mendigo, al soldado y al hidalgo campesino.

Venecia, la reina de los mares, debía en mucha parte su poder á las producciones del Asia. ¿Cuál era su sistema económico y comercial? Puede decirse que difería esencialmente del nuestro, en el punto más importante, aun en la época en que abrazando un sistema exclusivo, la república rodeaba su comercio con el monopolio y los privilegios. Venecia, Estado libre, consentía al más humilde de sus ciudadanos las transacciones mercantiles sin restricción alguna, reservando éstas para los extranjeros; nosotros, por el contrario, que entonces pasábamos de un gobierno mixto á otro que rayaba en la monarquía absoluta, habíamos dado á la Corona, la propiedad, la soberanía, por decirlo así, del comercio, con gran perjuicio del pueblo y de los derechos é intereses nacionales. Mientras la bandera de san Marcos recorría los mares en busca de riquezas comerciales, Venecia no se olvidaba de sus manufacturas, ni de su industria, y nosotros por entregarnos al tráfico colonial despreciábamos las fábricas, y lo que es peor, la agricultura, abandonando esto al único instinto de la avaricia, sin reglas fijas, sin cálculo, sin prevision y sin establecer principios conservadores que asegurasen su duración.

disputar á los portugueses su preponderancia. Una escuadra del gran Soliman (1538), que partió de Suza, sometió á Aden, sitió á Diu y reunió á los abisinios y los árabes y los cambayeses contra los europeos; pero los malabares conservaron su fe á los portugueses, y el rey de Cochin hizo les jurasen fidelidad sus súbditos en la pagoda. El valor de Juan de Castro los hizo salir vencedores de la lucha.

Encontráronse entonces los portugueses en el colmo de su grandeza. Sesenta años les había bastado para fundar uno de los imperios más estensos, puesto que tocaba los confines de la Persia. Muchos pequeños príncipes árabes les obedecían, otros eran sus tributarios, y tenían allende las costas árabes del mar Rojo un verdadero amigo

«¿Qué juicio formaba Barros de este nuevo sistema comercial que habíamos adoptado? ¿Apreciaba él en lo que valía la lección que Venecia daba al mundo, y el ejemplo que se podía sacar de ella? No es fácil hallar contestación á esta pregunta en las Décadas. ¿Era ésta una reserva dictada por la delicadeza de su posición como empleado público, ó como escritor del gobierno? ¿Era el temor de desacreditar el hecho más brillante de nuestra historia? ¿Era el temor de malquistarse con la nobleza, tan interesada en el comercio de la India? ¿O era una maña de artista que trata de exponer su cuadro á la luz más brillante, pero de modo que se oculten sus defectos? En su *Económico* que no se dió á la imprenta, responde perfectamente á todas estas preguntas... Pero transportémonos nosotros, hombres de este siglo prosaico y calculador, al siglo de aventuras y encantamientos en que él vivía; respiremos un momento aquella atmósfera de preocupaciones populares y de errores políticos; dejemos llegar á nuestros oídos el estrépito que él oyó cuando inmensas aclamaciones saludaron al explorador de las Indias, las felicitaciones de la corte, el influjo tan contagioso de las fiestas que se celebraban por todo el reino, el entusiasmo con que Portugal se esparcía por el resto del mundo, para llegar á torrentes á aquel país; figuremos además las aclamaciones de nuestras victorias que resuenan desde el Ganges al Tajo, y en el Tajo... el espectáculo magnífico de las riquezas de Oriente, las naves de las naciones extranjeras que acuden á admirar nuestra inmensa fortuna, y á convertirse en tributarias de nuestro comercio; la complacencia de un pueblo, ayer pobre y débil y de repente colocado en la cumbre del dominio y la opulencia; abandonemos un momento la perspicacia de los economistas y de los hombres de Estado, y supongámonos autores ó espectadores de este drama tan nuevo y tan variado, y tendremos la explicación de su silencio y de sus errores.

«Se ha dicho que antes de la segunda expedición de Vasco en 1502, se puso á discusión el asunto de las Indias, y que la mayoría del Consejo, en unión del rey Manuel, mostró repugnancia á la continuación de la conquista. Se acordaban que de trece navios que habían partido dos años antes, cuatro habían sido abismados con todos los hombres que llevaban... tenían presente las traiciones del Zamorin, los peligros, las fatigas de toda especie que habían sufrido los navegantes portugueses... lo exhausto del tesoro, el aumento de las dificultades con la conquista, el poder de los moros y el odio que nos tenían. A pesar de todo esto prevaleció el voto contrario porque tenía en su favor al rey Manuel.»

en el rey de Etiopia. Ocupaban todo el largo de las fronteras de Persia y del mar de las Indias, casi todos los puertos y las islas de alguna importancia, y además la costa del Malabar, desde el cabo de Ramez hasta el de Comorin, la costa de Coromandel, el golfo de Bengala, la península de Malaca con la ciudad y fortaleza de aquel nombre; recibían un tributo de la isla de Ceilan; las de la Sonda y las Molucas estaban bajo su obediencia; tenían un pie en la China y el libre comercio del Japon. Sus establecimientos se extendían en un territorio de 15^o desde la Madera hasta el Japon (12), y desde cada uno de estos puertos traficaba con las comarcas del interior: desde Malaca con la de las Indias Transgagéticas; desde Adem con la Arabia; desde Ormuz con el continente de Asia; recogiendo casi solos el aloe de Socotora, las perlas de Ormuz, la canela y los rubís de Ceilan, el sándalo y el alcanfor de Sumatra, el clavo y la nuez moscada de las Molucas, la pimienta de Goa, la muselina de Bengala, el algodón y el azúcar de la India, el té de la China y la porcelana del Japon.

El Ormuz podía proporcionar la medida de la riqueza y del comercio de Oriente. Apenas los portugueses hicieron al sultan su tributario, cuando multiplicaron los edificios donde el oro y los dorados brillaba con profusion, y donde todo estaba dispuesto para templar allí el ardor del clima. Los mercados de los tres primeros meses del año, después los de setiembre y octubre, atraían á multitud de personas de todos los países del mundo. Se evitaba el polvo salitroso de las calles con alfombras y esteras, y el ardor del sol con toldos fuera de las casas, cuyo interior estaba guarnecido de porcelanas magníficas, de antigüedades chinas y de pebeteros y flores. Las tiendas tenían magníficos escaparates: los juglares de la India y de la China se mezclaban con los cantantes de Europa, y todo lo que las más remotas regiones del Mediodía y del Oriente ofrecen de extraño, se llevaba al mercado por los barcos ó las caravanas.

Uno de los principales productos de las posesiones portuguesas, eran las perlas. Una costumbre muy antigua, tanto en la China como en la

(12) Las ciudades principales eran Moka, que entonces adquirió importancia; Aden, que la perdió pronto; Mascate, que los portugueses fortificaron llevando á ella el agua de una montaña próxima; Diu, fabricada por los mismos y fortificada inespugnablemente; Daman, donde los persas se habían refugiado con el fuego sagrado cuando los musulmanes conquistaron aquel país; Tanna, con los templos venerados por sus dos colosos de Buda; Bombai, perdida por el bajá de Salseta (1530) con el mejor puerto del mundo, y que llegó á ser centro del gran comercio marítimo; Goa, quitada por Albuquerque al rey de Visapur y convertida en capital de las posesiones portuguesas en Oriente; Cranganor, que desde el año 490 se hallaba en poder de los judíos; y Malaca, fundada en 1252 por un príncipe maltés destronado.

India, hace que el día de sus nupcias el novio atraviase una perla, símbolo inocente y al mismo tiempo provechoso al comercio; la pesca se hizo, pues, siempre: se ejecutaba en Baharin, en el golfo Pérsico, en los parajes de Ceilan y el reino de Madura, donde cinco ó seis mil personas no tenían otra ocupación. Es un espectáculo á la vez de los más curiosos y de los más dolorosos. A principios de abril las costas del mar del Japon, de las Filipinas, de la India, donde abundan estas preciosas conchas resuenan con los cañonazos, que durante la noche anuncian la apertura de la pesca: al momento una infinidad de embarcaciones salen al mar, al paso que la playa se llena de músicos, bramines, curiosos y ruidosa multitud. Apenas los primeros rayos del sol doran la superficie del mar, cuando los buzos se lanzan á las olas, precipitando su inmersión con ayuda de peso, y llevando un saco para llenarlo á su gusto de conchas, que separan de la roca donde han nacido. No pueden permanecer bajo el agua más de tres ó cuatro minutos; los barqueros les ayudan por medio de un cable, á volver á la superficie para recobrar aliento y murgirse de nuevo: ahora bien, repiten alternativamente cuarenta y cincuenta veces este penoso ejercicio. A veces no se saca del mar más que un cadáver; á veces la sangre les sale por las narices y por los oídos. Otras un perro de mar que encuentran les arranca un brazo ó una pierna. El mar se enrojece con su sangre, y los quejidos de los desgraciados mutilados se ahogan con los aplausos de la multitud, los instrumentos de los músicos y la bendición de los bramines.

Los portugueses disfrazaron su monopolio bajo el nombre de protección, fingiendo tomar la defensa de los naturales y facilitarles la salida de sus géneros. Ofreciendo en los mercados de Europa las que compraban á ellos directamente, les fué fácil atraer á su patria los tesoros metálicos de América. Entonces el precio de las especias bajó de repente al Occidente, el transporte en los grandes barcos fué más fácil, y las mercancías más abundantes, no pasando ya por tantas manos, hasta el punto de que costaban en Lisboa la mitad que en Alejandria ó en Alepo. En su consecuencia aumentóse el consumo, y ciertos aromas, ciertas telas, que antes eran objeto de lujo, fueron de uso común.

Caracas.—«Los caracas ó barcos reales de la flota de la India son, dice el elegante Bartoli (13), una masa de tal volumen, que pueden alojar un pueblo de hombres además de un mundo de mercancías. En efecto, tanto de marinos que componen la tripulación, como de hombres castigados, soldados destinados á las guarniciones y á las fortalezas, oficiales nombrados para el gobierno de las provincias, mercaderes acompañados á veces por toda su familia, esclavos y otras personas de

(13) *El Asia.*

todos oficios, el número de personas embarcadas asciende de 800 á 1000, y á veces más; cada uno tiene su sitio designado, con más ó menos comodidades, según su empleo y clase. Las mercancías cargadas, además de su valor que se cuenta por millones, son de tal cantidad, que al mirarlas amontonadas en la playa, parece imposible puedan caber en un barco; sin embargo, á veces apenas llenan la cala, y esto con las municiones de guerra, los víveres necesarios para alimentar durante ocho meses un millar de bocas. Sólo un gran rey puede hacer el gasto de su construcción, de su armamento y mantenimiento. El espacio comprendido entre la sentina y la cubierta está dividido en cinco ó seis pisos (especialmente en los buques antiguos, que eran mayores que los modernos), y en ellos se colocan con el mayor orden las vituallas comunes, las mercancías, las armas y la artillería, llevando algunas veces hasta ochenta piezas: suelen tener además dos castillos á popa y á proa, que son como las torres y baluartes de aquella fortaleza. Los costados, principalmente en la parte que cae sobre el agua eran en aquel tiempo en las galeras de guerra una muralla de cal y canto, cubierta por dentro y fuera de gruesas tablas, todo lo cual se creía necesario para resistir los cañones en las batallas y la furia del mar en las tempestades, pues cuando se desencadena la tormenta, las embiste con tan rudos golpes, que no se creía poder resistirlas si fuesen más débiles. De los cuatro árboles ó mástiles que se elevan desde el fondo de la nave, el mayor se compone de muchos maderos abrazados y sujetos con hierro y cuerdas en un solo tronco; encima están las gavias en las cuales pueden combatir cómodamente veinte y más hombres. Y sin embargo, con ser tan fuerte y grande aquel palo, y con estar sostenido por tantos obenques alrededor, algunas veces, el huracán le troncha y derriba como si fuera una caña; finalmente, las vergas, las diez ó doce velas, los cables, las anclas, el esquife con sus remos y todos los demás arreos de la nave son proporcionados á su magnitud.

El tiempo necesario para hacer el viaje á las Indias depende enteramente de los vientos. Cuando nada lo retarda ó desarregra, no se echa el ancla en Goa sino después de seis meses de camino, durante los cuales se recorren por los largos circuitos que hay que hacer para dar vuelta á toda el Africa, cinco mil leguas de mar. Desde Lisboa se va en derechura á la Madera por cuarto de Sudoeste; después para evitar la calma de las Canarias se dirigen por Oeste, enfrente de la isla de Palma; luego hácia el cabo Verde y Sierra Leona. Desde allí se costea una gran parte de la Guinea; después se orienta la vela de modo que se pueda caminar con los vientos llamados generales (el Sudeste es el que reina allí después de haber pasado la línea equinoccial), y adelantar siempre hácia el Sur; se deja uno dirigirse así hácia el Brasil, pero no hasta descubrir la tierra; de otro modo no hay medio

de tocar la tierra aquel año por las invencibles corrientes y los vientos contrarios que se encuentran en aquel mar, y hay que volver á Portugal ó perecer. Se hace rumbo de esta manera á lo largo del Brasil hasta la isla de la Trinidad, luego hasta la de Tristan de Acuña; después, en fin, se pasa por el terrible Leon, como los marinos llamaban al cabo de Buena Esperanza. Cuando se dobla este cabo, se sigue costeando la Cafreria, las costas de Africa, que desde el cabo se estienden hasta el Nordeste. Si la navegación ha sido feliz y se ha pasado el cabo por san Jacobo de julio, es permitido tocar en Mozambique y refrescar allí; se toma entonces la parte interior de la gran isla de San Lorenzo para entrar después en Goa: de otra manera las corrientes furiosas y continuas que hay que combatir en la estación más avanzada, con gran peligro de ser arrojado contra escollos y bancos de arena de siniestro renombre por los numerosos naufragios, obligan á hacerse á alta mar y á seguir la costa exterior de la isla, para ir rectamente á Cochín, puerto donde arriban los barcos que no tocan en Mozambique; pero de esta manera se alarga el viaje más de un mes.»

Además de los sufrimientos inseparables á tan larga navegación, con tantas personas amontonadas en un corto recinto, había que sufrir la transición de los excesivos calores de la Guinea á los frios del cabo, y de las fatigantes calmas de la línea á la agitación del golfo de las Yeguas. Pasando el Ecuador, el agua se echaba á perder, los víveres no servían; lluvias malignas producían el escorbuto, las ballenas amenazaban el barco; después, cuando se había doblado la estremidad de Africa, violentos vientos, que soplaban en sentido contrario, levantaban enormes olas, hasta tal punto, que en los tres ó cuatro días que se tardaba en doblar el cabo, se cubría la artillería con la arena, se tapiaban las ventanas, y los pasajeros se encerraban bajo cubierta, tapando todos los respiraderos esperando la voluntad de Dios.

Administración.—La felicidad de los portugueses fué no tener concurrentes hasta el momento en que los holandeses, y después de ellos los ingleses, les arrancaron el cetro de los mares. Por lo demás, su administración incurrió en los mismos errores en que incurrieron los españoles. El cálculo reemplazó en ellos al heroísmo, cada uno pensó en hacer una fortuna rápida, las costumbres se corrompieron cada vez más, descuidóse la agricultura, y la población se disminuyó. Se obstinaron en las colonias en conquistar más de lo que podían conservar; desdénaron mezclarse con los que habían subyugado, lo cual les impidió formar una población afecta á sus intereses; después su tiranía y sus vejaciones los hicieron detestar de los naturales: así fué que en Ternate y en Ormuz fueron asesinados por el pueblo enfurecido.

La autoridad suprema estaba depositada en manos de un gobernador ó virey de las Indias, cuyo poder era ilimitado, pero apenas duraba tres años.

El almirante de las Indias dependía de él; su tribunal estaba en Goa, sentenciaba sin apelación sobre todos los asuntos civiles; y sólo las sentencias capitales pronunciadas contra caballeros se sometían a la sanción del rey. Un considerable sueldo permitía al virey tener el lujo que reclamaba al país, donde el fausto era indispensable para conformarse a las opiniones orientales, cuando tantos reyes tenían que tributarle homenaje como vasallos. Con el objeto de mantenerlos en la obediencia e impedir toda empresa de su parte contra los intereses de la metrópoli, fuertes suficientes se habían construido y estaban guarnecidos en las posiciones más convenientes, y las factorías, establecidas en los diferentes puertos donde las mercancías y los precios estaban a su discreción.

En lugar de disfrazar su tiranía con la máscara de la religión, los portugueses concedieron la libertad de conciencia en Goa, y la inquisición, rueda indispensable de aquella época, no tuvo acción más que sobre los católicos. Las guerras y el tráfico rivalizaban en codicia y rapiñas. Los vireyes no tenían tiempo, durando tan poco en sus funciones, de conocer las necesidades de países tan diversos; no pensaban más que enriquecerse lo más pronto posible. Ponían tasa a los barcos a su llegada; también a la pesca de las perlas; se atribuían el monopolio de ciertos géneros o el derecho de mandarlos a ciertos puntos. Era permitido a los empleados civiles y militares hacer el comercio por su propia cuenta, y de aquí resultaban enormes abusos; hasta la justicia era un tráfico. El lujo enervaba las almas hasta el extremo de que los oficiales se hacían llevar en palanquines durante las marchas militares y comían en medio de las bayaderas.

Los vireyes.—El desinterés del virey Juan de Castro pareció una maravilla. Después de haber obtenido muchas victorias, concibió la idea de resucitar el valor belicoso de los portugueses triunfando a la romana, con la frente coronada de laureles (1545). Esto hizo decir a la reina de Portugal que había vencido como cristiano y triunfado como pagano. Habiendo muerto su hijo en el sitio de Diu, quiso recibir por esto felicitaciones públicas, y después de haber tomado la ciudad, faltándole dinero para restaurar la ciudadela, hizo un empréstito en su nombre, y dió en garantía uno de sus bigotes. Vivió pobre en un puesto en que sus predecesores habían hecho inmensas fortunas; y cuando murió en los brazos de Francisco Javier (1548), juró no haber distraído nunca en provecho propio, ni un maravedí del dinero perteneciente al rey ó a los particulares: así es que sólo fueron hallados en su caja tres reales.

Pero los nueve vireyes que se sucedieron después de Castro exasperaron a los vencidos, dando lugar a que se formara una liga contra los portugueses, con el designio de espulsarlos del país (1578). La insurrección se propagó desde Amboina a otros mil puntos, y el jefe de ella, llamado Idalcán,

estrechó cada vez más a los aborrecidos huéspedes. A la primera noticia de la sublevación, fué enviado desde Lisboa Luis de Ataíde a la cabeza de tropas aguerridas. Habiéndole propuesto sus oficiales abandonar los establecimientos lejanos para limitarse a defender a Goa, les contestó: *Mientras yo viva no ganarán los enemigos un pie de terreno.* Enviaba socorros a todas partes como si no estuviese sitiada la capital, y no dejó tampoco de continuar despachando para Portugal los galeones con sus cargamentos habituales. Tanta constancia acabó por obtener el triunfo: Idalcán, vendido por su querida, fué muerto: los demás reyes fueron subyugados unos tras de otros. Ataíde domó el país; hizo más aun, porque corrigió los vicios y los abusos del gobierno portugués, pero no tardó mucho en ser reemplazado (14).

Sucedió a Portugal la mayor desgracia que pudiera ocurrirle, que fué caer bajo la dominación de España. Esta potencia parecía que debía estender por todo el mundo sus posesiones, y reuniendo las Filipinas y las islas de Luzón a las colonias portuguesas por una parte, y a la América por otra, quedaba señora de los mares y ponía en comunicación la India y la China con Méjico y el Perú. Pero en sus estrechas ideas económicas, sólo trató de atraer a sí el comercio con exclusión de todos los demás pueblos. Pero esta era una empresa que no pudo realizar a pesar de las grandes sumas que sacrificó. Los holandeses vinieron luego a desbaratar sus proyectos ambiciosos, y para sostener su rebelión, atacaron en todas partes al coloso que los oprimía. Las colonias portuguesas tuvieron desde entonces por enemigos a todos los enemigos de España. En el día «ya no existe Goa,» Goa la *Dorada*, donde exhaló el último suspiro el anciano Gama, donde el divino Camoens sufrió y cantó. Otra ciudad ha sido construida no lejos de allí, pero pobre y triste, aun cuando el orgullo portugués lo haya condecorado con el título de vireinato. No queda más de la antigua ciudad que el palacio de los gobernadores, cinco ó seis iglesias servidas por algunos monges, como sacerdotes que quedan velando a un difunto (15).

El veneciano Gaspar Balbi, negociante en alhajas, hallándose en Alepo en 1579, resolvió visitar el Oriente. Llegó a Bir sobre el Eufrates y navegó a lo largo de este río sembrado de peligros, hasta cerca de Bagdad; desde esta *Nueva Babilonia* descendió por el Tigris a Basora; desde allí pasó a Ormuz, observando la pesca de perlas en Bahrain, y después a Diu y a Goa, en cuyo país florecía entonces el poder portugués. Nada nuevo

(14) En 1560 las posesiones portuguesas fueron divididas en dos vireinatos: el de la India en las costas del Mar de Oman, desde el Cabo Guardafuy hasta Ceilan; y el de Malaca desde Ceilan hasta la China.

(15) CHARDIN, *Historia de los establecimientos europeos en las Indias Orientales.*

aprendió respecto a historia y geografía; pero en su calidad de negociante, nos informa en detalle de lo que concierne al comercio, del precio de las mercancías y de su dirección. Desde Goa pasó a Cochín y luego a Santo Tomás, por el cabo de Comorin, observando los resultados notables de las misiones de los jesuitas, Navegó en compañía de comerciantes portugueses hasta el Pegú, reino entonces poderoso que dominaba los de Ava y Siam, en el cual coontró una magnífica capital, como sabemos, en efecto, que lo era, antes de su destrucción por los birmanes en el siglo pasado. Habiéndole hecho el rey algunas preguntas sobre su país, se echó a reír oyéndole decir que se gobernaba por sí propio y sin rey. Le regaló una copa de oro y un tapiz de la China, y le compró muchas esmeraldas, dándole en cambio de ellas otras piedras finas y pedazos de plomo, que en aquel país servían de moneda. No pudo pasar a Ava a comprar rubíes a causa de una rebelión que acababa de estallar; el rey del Pegú llamó cerca de sí a los oficiales y gobernadores de las provin-

cias, a quienes creía en connivencia con los insurrectos, y los hizo quemar con sus familias en número de cuatro mil. Balbi asistió a las fiestas triunfales que se celebraron después de la victoria, a las jornadas y a los banquetes en que figuraron con grande aparato los elefantes del rey. Nos describe este pueblo como dulce, tolerante e inclinado al bien por los buenos ejemplos de los talapuinios, monges austeros y caritativos, que no impedían a nadie hacerse cristiano, porque en todas las religiones, decían, se puede ser virtuoso. El país exportaba plata a Bengala y arroz a Malaca, consistiendo su principal fabricación en telas de algodón. No le seguiremos en su regreso por la costa de Malabar, cuyos usos describe. Desde allí volvió a tocar en Alepo pasando por Ormuz en 1588, y dos años después publicó en su patria su *Viaje a las Indias Orientales*, relato precioso, tanto por la sencillez que hace verosímiles sus cuentos, como por las noticias que fué el primero en suministrar sobre la India Transgánica.